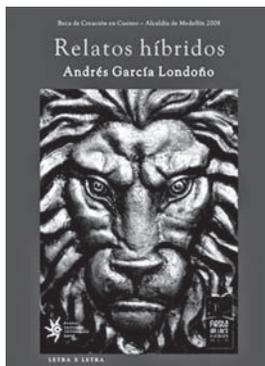


Sobrehumanos demasiado humanos

Relatos híbridos



Andrés García Londoño
Fondo Editorial Universidad Eafit y
Secretaría de Cultura Ciudadana
del Municipio de Medellín
Medellín, 2009
140 p.

La obra de Andrés García Londoño constituye una apuesta singular en el marco de la narrativa colombiana. Singular porque los dos libros de cuentos que lleva hasta ahora se han dedicado de modo exclusivo, y con gran calidad, a la literatura fantástica. Su primer libro de relatos (*Los exiliados de la arena*, 2001) indagaba en distintas vertientes del referido género, que iban desde la ciencia ficción hasta la ficción especulativa y los experimentos surrealistas. Su segundo libro de reciente aparición (*Relatos híbridos*, septiembre de 2009) vuelve a explorar el territorio de lo fantástico por medio de nueve cuentos de logrado tono inquietante. Veamos primero los relatos y luego unas observaciones generales acerca de ellos.

El primer texto (*La leche de la arpía*) nos conduce a las reflexiones de una de estas criaturas mitológi-

cas, las arpías, cuya labor consiste en torturar a los condenados en el infierno. La arpía en cuestión cumple como buena burócrata sus labores, sabiendo que por los siglos de los siglos no le espera nada distinto a desgarrar carnes y más carnes de víctimas, cuando un día se topa con lo inesperado: uno de aquellos desdichados a quienes tortura se enamora de ella y le declara su amor. El asunto, además, se complica cuando la torturadora descubre que también se ha enamorado de su torturado. Tras el disparejo romance que luego sobreviene, el torturado por fin se disolverá en la nada y la arpía experimentará algo que pensó que ya estaba extinguido en su vida: la esperanza. Este primer cuento de *Relatos híbridos* es una suerte de epítome del resto del libro, esto porque es la historia de un ser condenado a la monotonía sin perspectivas de escapar algún día de su condenación (la arpía), que se encuentra a otro condenado a la monotonía sin perspectivas de escapar algún día de su condenación (el torturado amante), en medio de un sitio (el infierno) donde todos los seres están condenados a la monotonía sin perspectivas de escapar algún día de ella. En *La leche de la arpía* todos los seres (verdugos y víctimas) están sujetos sin atenuantes al eterno retorno, todos están atrapados en un ciclo que se repite una y otra vez de modo infinito, todos son Sísifos que jamás podrán evadirse de la reiteración de la reiteración de la reiteración. Al final, no obstante, por medio del eros que la arpía ha experimentado, a ella por fin se le ocurre la idea de la apocatástasis (es decir, la posibilidad de que hasta el infierno que se dice infinito sí tenga un fin, y que algún día los réprobos puedan encontrar término a su aflicción que, en principio, no debería tener término).

El segundo relato (*El cíclope y la luna*) trata de un gigante que se enamora de una mujer aún más gigantesca que él (la luna). Aun cuando el comercio entre esta pareja es otra vez imposible debido a la diferencia de tamaño, el gigante enamorado se las arreglará para morir en el lecho de su amada y hacerle saber cuanto la ama. De nuevo, este cuento aborda el tema de dos seres atrapados en un ciclo repetitivo y sin fin que, sin embargo, gracias al eros pueden reencontrar el lenitivo de la esperanza.

El tercer relato (*El hombre mariposa*) nos muestra a un particular personaje que, como algunas mariposas, todas las noches muere para resucitar a la mañana siguiente. Desesperado por su insufrible condición, el protagonista ha intentado suicidarse, pero es inútil, aun cuando se quite la vida, a la mañana siguiente otra vez retorna al mundo de los vivos. Como se advertirá, en esta tercera historia volvemos a la temática de alguien atrapado en un ciclo, de alguien que jamás podrá escapar a la cárcel de la supervivencia. De modo elegante, García Londoño nos recuerda que, contrario a lo que pregonan ciertos discursos culturales en boga, morir también es un don, un inapreciable regalo que sólo si tuviéramos la desgracia de la inmortalidad dentro del espaciotiempo, podríamos valorar en su verdadera dimensión.

La cuarta narración se llama *La esencia del viaje* y es una recreación de la vida de un famoso personaje de la mitología griega: el centauro Quirón. De nuevo nos encontramos aquí con las constantes de todo el libro: Quirón (como la arpía, el gigante, la luna o el hombre mariposa) es un monstruo que paga tributo a su condición singular y, tal como los protagonistas de las historias anteriores, también se encuentra condenado a la vida, así esté harto

de ella. Anotemos, eso sí, que este último rasgo no se explicita de esta forma en el texto de García Londoño; no obstante, si recordamos la mitología clásica veremos que se relataba que, en cierto momento, Quirón sufrió una herida incurable, pero debido a su inmortalidad, estaba condenado a sobrevivir. Así pues —se relataba— a Quirón no le quedó otra alternativa que hacer un trueque con Prometeo: éste le cedía su posibilidad de morir y a cambio recibía del centauro la inmortalidad. Como se advertirá, García Londoño no puede dejar de machacar —sea que lo perciba o no— que morir es un don, una gracia inestimable.

El quinto texto se llama *El despertar de las sierpes* y a estas alturas del libro, el lector de García Londoño no se sorprende cuando nota que las dos obsesiones de la obra reaparecen en el relato: se trata aquí de un monstruo (La Gorgona), que de muy buena gana acepta que la maten, pues la maldición de ser gorgona siempre la adquiere aquel que la asesine.

El cuento número seis es *La pregunta sin destino* y trata de un mundo donde los hombres construyen un programa electrónico llamado “La Esfinge” que se dedica a adquirir cada vez más y más conocimiento, hasta llegar a un instante en el cual se torna prácticamente omnisciente. Debido a tal circunstancia, el programa acaba asumiendo el gobierno del planeta, los humanos acaban dependiendo de modo absoluto de

él y ya nunca más cometen errores pues “La Esfinge”, por saberlo todo, impide que cualquiera que la consulte pueda incurrir en una equivocación. No obstante, ante la situación referida, la raza humana termina también por experimentar que ya no es libre y que toda la vida pierde sentido. *La pregunta sin destino* es otra vez la indagación en la cotidianidad de un monstruo (en este caso electrónico) y en la desesperación que produce un ciclo que es infinito; asimismo, es un modo de proponer que la ignorancia y la incertidumbre en la cual transcurren las vidas humanas no son tan reprochables como se nos vende todos los días en tanto discurso, sino que son más una bendición de lo que parecen.

El séptimo relato es *Los ojos de la noche* y nos introduce en la existencia de un vampiro ético y misericordioso, pues en vez de convertir a los humanos en chupasangres y propagar la condición vampírica, prefiere sufrir solo su maldición, aun a riesgo de convertirse en el único de su raza en todo el planeta Tierra. Este vampiro que asume la cruz del vampirismo para que otros no la padezcan, recuerda mucho la película *30 Days of Night* dirigida por David Slade en el 2007 (a su vez basada en un cómic) que gira justamente sobre un hombre que, de modo consciente, asume vivir y morir como vampiro sólo para salvar a otros humanos de convertirse en tales monstruos. Por lo demás, en *Los ojos de la noche* García Londoño insiste en retratar otro engendro encarcelado en la monotonía cotidiana y sin fin a la vista (aunque otro toque original de este texto es que, a diferencia de los personajes de los otros cuentos, el vampiro de éste sí cuenta con la posibilidad de suicidarse, pero curiosamente no apela a ella; es un ser réprobo que puede dejar de serlo, y sin embargo no lo hace).

La penúltima aventura se llama *La cabeza del mundo* y su protago-

nista es un mutante que ha nacido sin cabeza, pero con un cerebro, de tamaño superior al humano, alojado donde está el tronco. Dada su sobrehumana capacidad de cálculo, el mutante dedica su vida a predecir las conductas humanas en distintas sociedades y contextos, y vender sus conocimientos al mejor postor sin ningún reato ético, sin importarle las nefastas consecuencias que de ello se deriven. Como los personajes de los otros cuentos que componen el volumen, aquí nos topamos otra vez con un depredador de seres humanos, pero que, a diferencia de los otros depredadores que se han revelado en el libro, no está harto de la existencia, sino que se encuentra muy a gusto en su papel de ordeñador de hombres.

Para terminar, la obra nos entrega la narración *La última etapa* donde hallamos a un ser humano que fue abandonado desde niño, que nunca ha visto a otro ser humano y que toda la vida se la ha pasado conviviendo con seres fantásticos como centauros, minotauros, hadas, enanos, esciapodos, etc. Resulta claro aquí que García Londoño quiere recordarnos que, así se nos olvide a ratos, el hombre también es una bestia fantástica, un monstruo único, una singular aberración que no nos parece tal por la sencilla razón de que pertenecemos a ella.

Llegados a este punto, hay que decir que *Relatos híbridos* es un texto de una peculiar unidad en la variedad. Me explico. Otras compilaciones de cuentos se caracterizan por la disparidad de temáticas asumidas en distintos registros, pero ello no ocurre aquí. El texto de García Londoño constituye básicamente una serie de variaciones alrededor de un par de temas. El primero de ellos es el de la condenación a existir y de cómo la muerte es un don que debería ser agradecido. De allí que, de modo reiterativo, los personajes de estos cuentos manifiesten estar hartos de vivir

y vean en la propia aniquilación una dádiva que les ha sido negada. De allí que, aunque todas estas arañas, gigantes, hombres mariposa, centauros, gorgonas y vampiros, posean poderes que los hacen superiores al hombre, en últimas lo envidien (paradójicamente, en el libro de García Londoño la fortaleza del hombre está en esa debilidad que es la mortalidad). Para hablar en términos ontológicos, diríamos que en los relatos de este escritor afincado en Medellín se manifiesta angustia por el hecho de que hay más ser en los universos del que puede soportarse con cierta ecuanimidad y en cambio la nada es una gracia que se añora todos los días. La tragedia radicaría, entonces, en que hay demasiado ser y muy poquitita nada.

El segundo gran tema sobre el cual se insiste una y otra vez en *Relatos híbridos* es el de seres sobrehumanos o sobrenaturales que, sin embargo, están sujetos a éticas subhumanas y a existir en el espaciotiempo. Ampliemos cada uno de estos puntos. En cuanto a lo ético, resulta claro que la casi totalidad de protagonistas de estas narraciones son seres que, desde el punto de vista físico o material, sobrepasan las capacidades humanas y por ello suelen adoptar hacia la humanidad la misma actitud de un depredador ante una presa. Para estos seres superpoderosos, el hombre no es un ser con una dignidad especial sino pura carne, un insumo más que se utiliza para conseguir cierto producto. Es decir, los seres sobrehumanos o monstruos que nos presenta *Relatos híbridos* son superiores materialmente a la raza humana, pero no la aventajan desde un punto de vista ético.

Decía alguna vez Alfred Schweitzer que la tragedia de nuestro tiempo radica en que el hombre ha conseguido dominar a la naturaleza pero sin dominarse al mismo tiempo a sí mismo. Ese es precisamente el drama de los protagonistas del

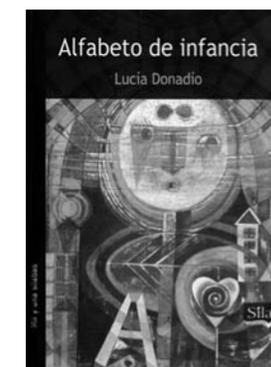
libro de García Londoño: poseen un dominio sobre ciertos aspectos de la naturaleza que está muy por encima de lo que puede soñar un humano del montón, no obstante, no se dominan a sí mismos y de allí que se sientan desdichados. Los suprahombres y monstruos de *Relatos híbridos* tienen mucho poder, pero carecen de un proyecto de vida, no cuentan con un marco ético que otorgue sentido a esas existencias. Ellos acaban siendo un símbolo de esa racionalidad instrumental moderna y posmoderna en la cual estamos insertos, en que la especie humana domina la materia, pero no domina su corazón. Los monstruos de García Londoño son figura de estos tiempos en que el hombre ha alcanzado un asustador poder externo y escasísimo poder interno. Decíamos también que los suprahumanos del libro afrontan el problema de estar insertos en el espaciotiempo. La mayoría de ellos se experimentan atrapados en unos eventos cotidianos que se repiten *ad nauseam* y ante los cuales es imposible escapar. Casi todos anhelan algo que trascienda o supere esa vida diaria que incluso con superpoderes es de una monotonía insufrible, casi todos desean la muerte como algo que los libere de esa repetición exasperante en la cual se ha tornado la existencia. En otras palabras, los supraseres de García Londoño suspiran por escapar de este universo hecho de espacio y de tiempo que les resulta pequeño, suspiran porque la cárcel de espaciotiempo en la cual estamos confinados, tanto los humanos como ellos, tenga un huequito por el cual sea posible evadirse. En teología, eso que está por fuera del espacio y del tiempo, que es aespacial y atemporal, transe espacial y transtemporal se denomina eternidad. Así pues, sean conscientes de ello o no, los suprahumanos y esperpentos de *Relatos híbridos* en últimas no hacen más que reeditar la clásica frase de las *Confesiones* de

Agustín de Hipona: “Nos hiciste Señor, para Ti, y nuestro corazón estará inquieto hasta que descansa en Ti”. Los suprahumanos de García Londoño —iguales en esto a los humanos— manifiestan los típicos síntomas de nostalgia de lo absoluto, nostalgia de algo distinto a esta argamasa de espacio y de tiempo de la cual nos han fabricado. ■

Campo Ricardo Burgos López

Elogio de la sencillez

Alfabeto de infancia



Lucía Donadio
Sílabas Editores
Medellín, 2009
102 p.

La infancia ha sido un tema recurrente en la literatura, tanto como la muerte y el amor, tal vez por cierto misterio e incertidumbre que representa el recuerdo lejano en el tiempo y en el espacio. Es casi una necesidad llegar a ella como fuente de historias y de imágenes para la propia creación. Por supuesto, las perspectivas literarias son múltiples: sólo basta comparar a Dickens (*Oliver Twist*) con Hesse (*Demian*). Y aunque los argumentos suelen ser similares, el dato esencial está en el tono, es decir, qué tanto vuelven a revelar las palabras sobre

Revista de poesía
ARQUITRAVE

Director
Harold Alvarado Tenorio

www.arquitrave.com

aquella condición tan inasible y escurridiza para que se muestre distinta y novedosa a nuestros ojos, de modo que trascienda el lugar común y la metáfora fácil.

La colección de *Alfabeto de infancia* de Lucía Donadío se enmarca en esta tradición, que se sirve de la niñez para evocar otros rasgos de la condición humana que por ingenuos y sencillos no son menos complejos e inquietantes, como la soledad y la tristeza cuando la realidad aún es una instancia desconocida y el corazón de los hombres un baúl insondable. El libro se divide en tres partes: la primera “Aeiou” (que contiene un cuento por cada vocal), la segunda “De barcos a zapatos” (conformada por relatos cortos que comprenden casi todas las consonantes) y la tercera “Silabario” (integrada por las historias más largas que, a diferencia de las otras, sobrepasan las fronteras de la infancia). No obstante, los relatos pertenecen a un mismo mundo, recreado casi siempre por la voz de una narradora que procura ubicarse en su lugar y en su tiempo, aun a costa de los demás y de sí misma en una lucha silenciosa y ausente.

Cada texto es un retrato de un personaje: hermana, tía, abuela, padre, hijo, jardinero... que entra y sale del escenario que es la casa. Sin embargo, los espacios (piscina, patio, cocina, sala) también son conjurados, al modo de Proust, dentro de los mismos recuerdos que conforman la sutil y delicada memoria de quien cuenta, pero no con el lenguaje intenso y desbordado del novelista francés, sino con la fidelidad del detalle que pretende

conservar, atrapándolo en una expresión, el instante fugaz que se devela en un gesto o en una luz.

Ninguna de las historias es impactante, es decir, en ellas no se cuentan hechos asombrosos de una infancia atribulada, patética o díscola, llena de aventuras, de espectaculares viajes y encuentros inolvidables, o de amigos y amores memorables. Al contrario, la soledad y el silencio, la ausencia y la lejanía, son las constantes de un personaje narrador que se debate entre la realidad que afronta cada mañana ante la casi invisibilidad de su presencia, o ante la pérdida de un objeto querido encontrado en la basura. Las tragedias y las vicisitudes, así como las precarias y sosegadas alegrías, insignificantes para los ojos de los demás, son la medida de la existencia de este personaje.

Lo que cautiva no es el motivo de su sufrimiento o de su felicidad, sino la actitud, la disposición del carácter y de la personalidad, que Lucía Donadío logra plasmar en un tono caracterizado por una serena melancolía, entre el lamento y el susurro, que en ocasiones celebra lo vivido con la timidez del que se sabe dueño de secretos inconfesables, sólo valiosos para sí mismo. No en vano, las palabras son pocas y los cuentos breves, de expresiones sencillas y estructuras simples, pues el principio estético (y también ético) que subyace en esta escritura es el de lo mínimo, el canto a lo pequeño y a lo imperceptible, que se convierte en poesía al nombrarlo, justo en el momento que se hace visible, como una luz descubierta en la oscuridad.

Alfabeto de infancia tiene la virtud de reflejar en algunas de sus mejores líneas aquella sabiduría que nace, no de la razón o de la inteligencia, sino del cuerpo y de la piel, que ahonda en las emociones espontáneas e impredecibles, como el testimonio de nuestros sentimientos más sinceros. Y para ello, con acierto, la autora recurre

a la narradora: una niña que, continuamente, descubre y reinventa su mundo, que empieza en su cuarto y en su cama. Tal sabiduría en el tono se encuentra en pasajes como el siguiente: “Los sueños son a veces armazones en que se apoya la vida para subsistir, son como mantos que nos abrazan y ahogan en medio del andar de los días”.

Hay varios cuentos notorios, no obstante, algunos de ellos logran sobresalir, ya que muestran en su esencia la propuesta literaria de la autora: el elogio de la sencillez. “Yo-yo”, “Ñata” y “Filas”, entre los más breves. El primero es una hermosa fotografía de la abuela que, en su propia casa, controla los juegos con horas exactas, como una inflexible tirana de la diversión; el segundo es una conmovedora semblanza sobre una niña de nariz chaparra en un colegio, donde nunca logró traspasar la indiferencia y desprecio de sus compañeros, quienes la miraban con recelo por su inteligencia y fealdad; y el tercero es una breve viñeta sobre un hábito casi inadvertido por lo cotidiano: hacer filas, pero que atravesado por una historia de desamor logra convertirse en una paradójica y bella imagen de soledad, de “olvido” y “sombra”, como dice la narradora. En cada uno de esos relatos presenciamos intimidades tan frágiles como el cristal, y asimismo es su escritura: una respiración que apenas puede percibirse.

Pero son dos cuentos los que resaltan en esta colección por su callada fuerza y su firme construcción en los personajes: “Imán” y “Esa señora tan buena”. El primero es un logrado retrato de Inés, la muchacha del servicio, que poco a poco e inesperadamente se va alejando de la niña. Ella hace parte, en una inquebrantable complicidad, del mundo de la narradora, hasta que una mañana descubre que “ya no era el imán que atraía a Inés”, y que “desde ese domingo Inés quedó sorda de mí”. Es una

terrible tragedia la que se cuenta, pues, desde la perspectiva de la niñez, el abandono no es más que una angustia y un dolor inexplicables y por ende intolerables, causados por aquel que se ausenta por razones imposibles de comprender por naturales y fáciles que parezcan ser. Aquí, en esta situación, el relato testimonia con fidelidad un corazón desbordado de tristes pasiones. Y este es el fundamento de su verosimilitud.

“Esa señora tan buena” bien puede ser un cuento de antología, pues su mérito, entre otras cosas, radica en la sutileza del personaje que Lucía Donadío consigue construir en una psicología dramática completa pero ambigua, pues su estructura moral no se reduce a conceptos maniqueos ni cristianos, como es el caso de nuestro común imaginario religioso. La complejidad ética del personaje resalta justamente por el contraste entre las buenas intenciones y la pureza de bondad con la ironía de la necesidad y la parodia de la precariedad: se trata del patetismo de la miseria al lado de la más superficial ampulosidad, matizados por una misma condición de abandono, enfermedad y vacío.

La historia es sencilla: hay una mujer del servicio que lentamente le roba las más preciadas pertenencias a su señora sin que ella lo advierta, pues tantos son sus constantes olvidos y tan deteriorado está el cuidado de sí misma que ni siquiera la ausencia es una manera de ser. La última escena del cuento es de una lograda teatralidad por la contundencia de las acciones y no tanto por los diálogos, que por lo demás son pocos: ella, la muchacha, intenta con ansiedad el último y definitivo robo, junto al cadáver de su señora que yace en la cama, pero es descubierta con estupefacción por unos ojos que ella cree que la acusan, así que decide soltar la pulsera de brillantes para simular descuido. Es un gesto en el que se

halla la esencia del argumento y eso, para mí, es admirable.

El lector podrá encontrar en estos cuentos la huella de una voz personal que se arriesga con timidez pero que es constante en su propósito: recordar en breves y sencillas historias la belleza de lo sutil y delicado, casi siempre inadvertida a nuestros ojos tan acostumbrados a la superficie y a la luz, es decir, a los hechos que nos suelen enseñar sólo las primeras capas de la realidad, precisamente las que conservan lo común y lo general. Lucía Donadío con *Alfabeto de infancia* logra, gracias a la serenidad de su escritura más cercana al silencio que al grito, acercarnos a un mundo singular de seres únicos que viven sus propias amargas y alegrías, en compañía y en soledad; en este sentido, se trata de vidas que parecen más biografías de situaciones y momentos, de gestos y expresiones.

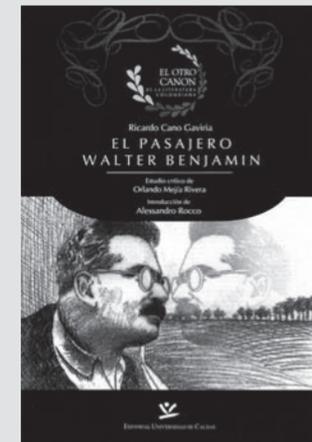
El libro mismo es un acierto de creación por su cuidadosa y pulcra edición, acompañada de unas hermosas y sugerentes ilustraciones realizadas por Oreste Donadío, que representan quizás el espíritu del juego que procura recobrase en el recuerdo melancólico de aquello que sólo podemos vivir y sentir en los sueños, que son el remoto pasado. Hay historias que, después de frecuentarlas, despiertan raras o conocidas sensaciones: las de *Alfabeto de infancia* nos regalan la gratitud y la generosidad de la buena y sincera escritura. ■

Felipe Restrepo David

Esta publicación pertenece a



Asociación de Revistas Culturales Colombianas



Esta edición de la novela de culto de Ricardo Cano Gaviria, en la que hace veinte años Walter Benjamín se estrenó como personaje de ficción, es la primera que se hace en Colombia. “Se trata de una sutil y muy elegante recreación de las últimas horas que precedieron a la muerte del escritor... Cada vez me gustan más las buenas novelas y menos los dicharacheros congresos...” Enrique Vila-Matas, El País.



Alberto Escobar Ángel se hace visible para la poesía desde 1958, cuando junto a Gonzalo Arango fundan el nadaísmo. Pese a su interés por mantener inédita su escritura, la publicación en 1963 de *Los sinónimos de la angustia* lo hace inconfundible en el ámbito poético. En *Estro estéril* su poesía, elaborada durante cinco décadas, se reúne completa. Así, los lectores tiene acceso a la obra del fundador del nadaísmo.

